

Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo

ACHILLE MBEMBE. 2016; *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*, trad. de Enrique Schmukler. Barcelona, España: NED Ediciones.

Estudiar la experiencia “negra” es una excelente forma de adentrarse en las diferencias al interior de la humanidad. Así lo apunta Achille Mbembe en *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*, su último libro. El esfuerzo de este trabajo es evidente, y su fruto, sin duda, un aporte extraordinario. A lo largo de seis capítulos y un epílogo, aborda desde la interdisciplina, distintas problemáticas de la construcción histórica de “el negro”.

A partir de las ideas centrales del libro, según mi lectura, éste podría dividirse en dos momentos fundamentales y un tercero, al que le llamaría “un llamado de urgencia”. El primero, trata de la invención de “el negro” a partir de la esclavitud y tráfico de personas, empresas de destrucción, de elaboración de aniquilamientos, de vaciamientos de contenidos. El segundo, habla desde la autodeterminación *negra*, el camino de la apropiación de un *sí mismo*. Ambos momentos se dieron conjuntamente y para Mbembe estos procesos están, no solamente vigentes, sino alarmantemente reconfigurados. Por eso, hay un tercer momento en la obra, un aterrizaje a nuestros tiempos, un dispositivo de alerta, con el cual Mbembe inicia y acaba su libro.

LA INVENCIÓN DE “EL NEGRO”

Este primer proyecto proviene desde el poder instalado en la Europa del siglo xv y consistió en el despojo de humanidad de personas africanas y sus descendientes bajo la invención racial de “lo negro”, que logró en el siglo xix su punto álgido de teorización científica. Se logró con este despojo, la existencia de excedentes, apoderados por la acumulación del capitalismo. Mbembe se interna en el invento y alcanza una explicación detallada del proceso de fabricación de “el negro”, en la cual paso a paso se da cuenta de la evolución de otro fenómeno derivado: el racismo. Aunque no lo mencione directamente, al explicar los procesos constructivos parece hablar, en un sentido *foucaultiano*, de un tipo de tecnología moderna.

Los primeros experimentos de esta tecnología se realizaron en la *plantación*, complejo socio-cultural, económico, político del sistema esclavista en las Américas. Allí se afianzó el despojo y se convirtió a las personas secuestradas del continente africano, en cosas. Hubo que vaciarlas. Quitarles su contenido. A la par de las prohibiciones que les impedían practicar su cultura fundamental, lengua, religión, parentesco, se les sometió a la violencia corporal hasta lograr cuerpos aptos para la extracción de los excedentes. Acumulación primaria en los albores del capitalismo, invasión y conquista de las Américas, son los tiempos en que dicho invento se desarrolla. El autor utiliza la metáfora mortal del proceso de la conversión del mineral a metal para explicarla. Aún más, en moneda. Las etapas para su fabricación *extracción-prensado-moneda*, también fueron utilizadas en el proceso de fabricación de “el negro”, que fue convertido de persona a metal y, luego, a moneda. Tecnología.

¿Pero de qué clase es este invento de “el negro” que describe Mbembe? No parece en un principio del tipo de invenciones modernas que nos fueron transmitidas hasta el cansancio, aquellos clásicos inventos de la ciencia occidental de tipo cartesiano, como el telescopio o el reloj, por ejemplo, porque no hablamos de maquinarias. Y, sin embargo, *sí* lo es. Al observar los distintos pasos, con sus escisiones, fragmentaciones, destilaciones, la invención de “el negro” aparece también como un invento de la ciencia occidental de tipo cartesiano. Lo que difiere esta tecnología de las otras es que está elaborada al interior de la especie humana, con la cual se consiguió cosificar a un grupo de personas y tornarlas máquinas de trabajo a largo plazo. A este producto, se los completa más tarde, con la invención de un nuevo componente de tipo biológico, la *raza*, que en el siglo XIX permite fundamentar científicamente la inferiorización de “el negro”. La raza, entonces, se instala en la lógica occidental como un elemento hecho “naturaleza”, por medio del cual se pudo inferiorizar a personas al interior de la propia especie humana. Y en gran parte, fue a partir de procesos de anulación de nombres, despojos de identidades, vaciamientos síquicos, destrucción de lazos de parentesco, migración forzada y la animalización de “el negro” que, la raza se instaló en el universo epistemológico dominante occidental y con el cual se estructuraron las naciones y los gobiernos modernos.

Los teóricos de aquellos tiempos ya no tendrían necesidad de lamentar dichos crímenes para sacar provecho de su modernidad alimentada, entre otros, de los excedentes descomunales extraídos bestialmente de “el negro”.

Aportaron sus epistemologías para reforzar en el plano simbólico, la inferiorización de “el negro” al interior de la especie. Todo ello conseguido sin culpas ni necesidad de justificaciones.

Desde el punto de vista de su instrumentalidad, la raza es, entonces, aquello que hace posible a la vez dar nombre al excedente y afectarlo al derroche y al gasto sin reservas. La raza autoriza a situar en el seno de categorías abstractas a quienes se pretende estigmatizar, descalificar moralmente y, eventualmente, encerrar o expulsar. Es el medio por el cual se los cosifica y, sobre la base de esa cosificación, se los somete decidiendo sin tener que dar la más mínima explicación por ello. Es posible, por lo tanto, comparar el trabajo de la raza con una copa sacrificial: una suerte de acto por el cual no hay que justificarse (Mbembe, 2016: 63).¹

Una de las etapas en este proceso de fabricación, es tornar a la raza un dispositivo que alcance las fibras más íntimas de las corporalidades. Debe –y lo logró– alcanzar pulsiones, convertirse en imagen, existir en el inconsciente, ser “estructura imaginaria”, todo lo cual contribuye al afianzamiento *natural* del poder.

Por una parte, raza y racismo forman parte de procesos fundamentales del inconsciente. En esto se relacionan con las dificultades del deseo humano: apetitos, afectos, pasiones y temores. (...) no depende únicamente de un efecto óptico ni se abre solamente a través de un mundo de sensaciones. Es un modo de asentar y de afirmar el poder y, sobre todo, una realidad especular y una fuerza pulsional. Para que pueda operar como afecto, pulsión y speculum, la raza debe hacerse imagen, forma, superficie, figura y, fundamentalmente estructura imaginaria (2016: 59).

Ficticia y real, al mismo tiempo, la raza existe en tanto invento sostenido por el racismo: “considerar a la raza una mera “apariencia” no es suficiente. (...) La fuerza de la raza deriva precisamente de que, en la consciencia racista, la apariencia es la verdadera realidad de las cosas” (2016: 170).

El autor señala la existencia de una construcción espacial necesaria que acompaña al invento “negro”: África. “Ambos son el resultado de un largo proceso histórico de fabricación de sujetos de raza” (2016:77). Así, principalmente en el segundo capítulo, el camerunés dedica atención a África y a la idea que Occidente hizo de ella, del papel jugado en el imaginario

¹ A las próximas referencias bibliográficas se les suprime el apellido del autor, por ser todas del mismo.

de los europeos, de la violencia sobre sus pueblos, de gobiernos coloniales racistas hasta la construcción del *apartheid* en Sudáfrica. Estrategia similar, sin duda, a la que se usó en la inferiorización de “el negro”. El género también se cruza con la racialidad. A los misterios de África, se suman las fantasías con “la negra”. Mbembe se detiene, brevemente, en la figura de “la negra”, que, sobre todo en la literatura, la pintura y la danza se transforma en personaje de la sociedad racista colonial, “cumple una función clave en la articulación del racismo, la frivolidad y el libertinaje en Francia” (2016: 112).

En el quinto capítulo “Réquiem para un esclavo” toma de tres obras literarias (*La vida y media*, de Labou Tansi, *El bebedor de vino de palma* y *Mi vida en la maleza de los fantasmas*, de Amos Tutuola), la materia necesaria para explicar las prácticas aberrantes de sometimiento de las corporalidades de las y los esclavizados. Las etapas de transmutación de estas corporalidades podrían resumirse en tres. En la primera, se lleva a la persona a una escisión de su parte animal mientras se anula su parte humana. En la segunda, este ser se ve en el espejo, en la cual hay una identidad irreconocible. En la tercera, surge el “aparecido”, alguien con instantes de libertad cuando retoma mundos profundos de su identidad humana.

Ahora bien, así como producir a “el negro”, es inventar un “cuerpo de extracción”, un “lazo de sumisión”, también es “el nombre de una injuria, el símbolo del hombre que lucha contra el azote y el sufrimiento en un campo de batalla que opone a grupos y a fracciones segmentadas social y racialmente” (2016: 43). Por eso, surgen las respuestas de “los negros”.

EL PORQUÉ DE UNA “RAZÓN NEGRA”

Quizá una pregunta de Mbembe, surgida de su lectura de Franz Fanon, pueda ser una manera de acercarse a las respuestas que da “el negro”: “¿Cómo es que, partiendo del deseo de ser una persona como las demás, se llega a tomar conciencia de que no es más que lo que el otro ha hecho de uno, es decir, un objeto?” (2016: 168).

La “razón negra” surge desde que “el negro” necesita inventarse a sí mismo y tornarse sujeto. Dos aspectos fundamentales acompañan este amanecer del sujeto “negro”. Dice Mbembe que, a pesar de la destrucción del ser humano, de los complejos que componen su identidad, etcétera, no se puede acabar con su lado ontológico el cual, en tanto ser humano,

es obligado a reconstituirse. Y “el negro” lo hará. Así, “a través de un giro espectacular logró transformarse en símbolo de un deseo consciente de vida” (2016: 26). Por lo tanto, la *sujetidad* de las personas afrodescendientes emerge, inevitablemente. Un Achille, a la vez objetivo y subjetivo, enuncia: “el que está asignado a una raza no es pasivo” (2016: 61).

En este sentido, el camerunés revisa las luchas *negras* en el mundo. A la par de las históricas rebeliones de personas africanas y de sus descendientes durante la colonia en las Américas, se les suma un logro fundamental: la escritura negra. Mbembe revisa estos momentos de discursos *negros*, presentes primero en las Américas y, más tarde, en las luchas anticoloniales en África. La “razón negra” se forma de estos sujetos fragmentados, compuestos de pérdidas genealógicas. Sujetos “sin-parientes” pasan a pensarse y a nombrarse ante la ausencia de mote. “Su autor es un sujeto golpeado por la constatación de haberse vuelto extranjero para sí mismo; un sujeto que busca, no obstante, asumir la responsabilidad del mundo dándose a sí mismo su propia razón de ser” (2016: 57).

Por lo tanto, “el negro” como categoría histórica atraviesa distintas fases que Mbembe reconoce como tres: la asignación, la recuperación e interiorización y el giro o conversión. En las interlíneas de estas fases están presentes afirmaciones constantes de defensa como, “nosotros también somos seres humanos” o también, “tenemos un pasado glorioso”. En este camino, aparece una paradoja con sentido. Estos sujetos, desde la autodeterminación, se asumen en la idea de una comunidad racial. El lazo que falta se convierte en la autonominación de *negro*. Entonces, hay un “llamamiento a la raza” que proviene del rechazo a la imposición de una “asignación de raza”, “de la idea según la cual la comunidad ha sido objeto de escisión y está amenazada por la posibilidad de exterminación; y que es necesario cueste lo que cueste refundar en ella una línea de continuidad más allá del tiempo, el espacio y la dislocación” (2016: 62). Aquí, la distinción consiste en el empoderamiento logrado en la autodesignación. En la dignificación de las propias existencias despreciadas “Desde este punto de vista, el llamamiento a la raza –que es diferente a la asignación racial– es una manera de hacer revivir el cuerpo inmolado, sepultado y privado de lazos de sangre y de suelo, de instituciones, ritos y símbolos que hacían de él, precisamente, un cuerpo vivo. Durante el siglo XIX y hasta el comienzo del siglo XX en particular, ése es el sentido que adopta el llamamiento a la raza en el discurso negro” (2016: 63).

Por lo tanto, hay un dilema a resolver aún. A pesar de su grandeza, la “razón negra” no escapa a la racialidad. Porque

en este sentido, la reafirmación de una identidad humana negada por el otro participa del discurso de refutación y de rehabilitación. Pero si el discurso de rehabilitación pretende confirmar la co-pertenencia del negro a la humanidad en general, no deja de aceptar en cambio –salvo extraordinarias excepciones– la ficción de un sujeto de raza o de la raza en general. De hecho, se abraza a esta ficción (2016: 141).

Al señalar este problema, Mbembe nos ha dejado fuertes razones para pensar cómo continuar el camino en medio de los racismos actuales, ya que no se trata solamente de “el negro”, sino de racismos sin raza, de un devenir negro en el cual los miles de millones de personas que componen los grupos subalternos en el mundo son y podrán ser despojadas de sus identidades, territorios, derechos y sobre todo del derecho a la vida en nuevas formas de racialización.

LLAMADO DE ALARMA

El “nombre Negro no remite apenas a la condición atribuida a las personas de origen africano en la época del primer capitalismo”, sino que designa a miles de millones de personas en los tiempos del gran capital financiero. El capitalismo siempre se sentó en conceptos y categorías que funcionaron para su lógica del despojo. Según Mbembe, el capitalismo no sólo inventó mercaderías, sino también “razas y especies”. En los tiempos actuales, son otras las categorías; pero increíblemente, o no, mantienen en mucho las mismas justificaciones, sólo que ahora actualizadas científicamente. El terror descargado hacia pueblos enteros que presenciamos hoy, son parte de esta misma lógica. En un futuro no lejano, las discriminaciones podrán no ser el color de la piel y, a lo mejor, sí, un genoma inconveniente.

Así, se instaure una nueva economía de lo viviente irrigada por los flujos internacionales del saber, y que tiene como componentes privilegiados las células, los tejidos y los órganos, tanto como las patologías, las terapias y la propiedad intelectual. De la misma manera, la reactivación de la lógica de raza trae aparejada una potenciación de la ideología de la seguridad, la instauración de mecanismos orientados a calcular y minimizar riesgos y a hacer de la protección, la moneda de cambio de la ciudadanía (2016: 48).

Una de las pistas para entender el interés y el trabajo de Mbembe es una frase-oráculo que marca el inicio del libro en la cual explica por qué lo escribe: “ahora que la historia y las cosas avanzan hacia nosotros, y que Europa dejó de ser el centro de gravedad del mundo. De hecho, éste es el acontecimiento o, cuanto menos, la experiencia fundamental de nuestra época” (2016: 19). Lo cual no refiere a avances, sino a las posibilidades que se abrirían para el pensamiento crítico en el mundo entero.

Esta idea acompañará todo el libro. Como oráculo que no duda de la contundencia de las fatales consecuencias del mundo del capital, de su máquina de destrucción, de la *vulnerabilización* de miles de millones de personas, de las nuevas formas de guerra, zonificaciones, cercados, muros gigantescos, muros simbólicos, mayor eficiencia de los sistemas panópticos donde, en nombre de la seguridad, se nos vigila permanentemente. Achille Mbembe no duda de que hemos llegado a un final. Por ello, no hay otra tarea que la urgencia de la recuperación de una humanidad en constante exterminio. En esa tarea, abandonar la raza, será una de las respuestas.

MÓNICA GARCÍA MARTÍNEZ

POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS, UNAM.